

EL COYOTE

en el pensamiento mesoamericano





El coyote en el pensamiento mesoamericano

Carlos Alfonso Ledesma Ibarra
Raymundo César Martínez García

Uno de los documentos más consultados para conocer el pensamiento de los antiguos nahuas es la *Historia General de las cosas de la Nueva España* escrita por Fray Bernardino de Sahagún entre 1540 y 1580. En este libro el fraile franciscano por medio de entrevistas a sus informantes nahuas escribió un importante testimonio de la cultura mesoamericana. Aunque, ciertamente,

matizada por la visión humanística de este fraile de origen hispano de mediados del siglo XVI. En el libro XI de su obra, intitulado: “De las propiedades de los animales, aves, peces, árboles, hierbas, flores, metales y piedras, y de los colores”, trata de reconocer y describir las especies animales, vegetales y minerales que se encuentran en América Septentrional desde sus propiedades y, en ocasiones, la posible utilidad que pudieran tener: alimenticia, medicinal, etcétera. Todo este conocimiento construido desde la experiencia de los naturales era comparado con el conocimiento que tenían los europeos y se confrontaba con éste con la intención de reconocerlo, nombrarlo y asimilarlo (Romero, 1999: 14 – 24).

Entre las diversas especies de animales que contempla este texto se encuentra el coyote (*cannis latrans*). En el párrafo dos del libro anteriormente mencionado, se refiere al *coiotl*, y menciona que algunos españoles le confundían con el lobo o el zorro, pero para él no era ninguno de éstos. Le describió como muy vellosa (peluda), cola gruesa y lanuda, orejas pequeñas y puntiagudas, hocico largo, pero no muy grueso, garras negras y curvas. En el escrito se encomia su capacidad como cazador y agrega que lo hace acechando sigilosamente a su presa, pero más adelante califica al animal como “diabólico” cuando le quitan su presa. En esas ocasiones, asegura el texto, el coyote procura vengarse matándole las gallinas a quien le haya despojado y si no tiene aves, lo alcanza, le encara y le ladra para amedrentarle en compañía de otros coyotes y hacerle devolver la presa hurtada (Sahagún, 2000).

Por otro lado, en el Códice Florentino pareciera también reconocerse la nobleza y agradecimiento de este cánido ilustrando dichos valores con una historia. En el texto se cuenta que en una ocasión un valeroso guerrero que recorría el camino a su casa observó como un coyote era atacado por una serpiente *cincóatl* y aquél le hacía señas para que le rescatara, pues el reptil le tenía aprisionado alrededor de su cuello. La persona se compadeció del coyote y atacó a la víbora, que lo soltó. Ambos animales huyeron espantados y la persona prosiguió su camino rumbo a su destino, pero antes de llegar se encontró con el mismo coyote que le ofreció, primero un guajolote, antes de llegar a su casa le dejó otros dos guajolotes que llevaba en el hocico. Finalmente, le entregó otra ave en la puerta de su casa para agradecerle el favor recibido.

No obstante, Guilhem Olivier en un artículo de su autoría expone una interpretación de este relato congruente con su contexto histórico, pues propone que en este relato el coyote es el avatar de Tezcatlipoca, quien le augura al guerrero que obtendrá cuatro prisioneros, lo que significará que ingresará a la elite militar mesoamericana. Para Olivier (1999: 118), los guajolotes simbolizan a los prisioneros y el coyote es el guerrero mismo. De esta forma el animal en realidad es una encarnación de la divinidad Tezcatlipoca que le otorga favores a quien le ha beneficiado.



En algunos pictogramas de los *Primeros Memoriales*, de fray Bernardino de Sahagún, se muestra a un guerrero mexica portando vestimenta de coyote, símbolo de valentía y ferocidad. Este animal era el regente de la cuarta sección del Tonalamatl, algunas veces representa al pecador y otras al dios de la danza (Stephen – Berrocal, 2013: 27). Por otro lado, en el Códice Florentino antes referido se agrega que el coyote come carne cruda, maíz (verde y seco), caña de maíz, miel y pan (nombre que también otorga a las tortillas). Los antiguos mexicanos le cazaban con trampas, lazo, arco y flechas. Le atrapaban entre los magueyes cuando pretendía beber el aguamiel.

La acusiosa observación de la naturaleza derivó en la simbolización y significación de ésta. De acuerdo con la cosmogonía mesoamericana, los hombres y los animales tenían la capacidad de adquirir las características o atributos de cualquiera de los dos, se asumía que ambos eran capaces de comunicarse entre sí. Incluso los animales eran considerados, la mayoría de las veces, como los habitantes más arcanos del mundo; por ello, se les tenía respeto y, en ocasiones, temor debido a que conocían los misterios del mundo (Castillo – Berrocal, 2013: 22).

Guilem Olivier refiere en su artículo la complejidad de la figura del “Coyote” como numen, por ejemplo, identificado como *Huehucóyotl* (Coyote Viejo) era una deidad fundamental en la mitología, la religión y el arte de Mesoamérica. Cabe destacar que, para el pueblo Otomí, éste era su dios principal, se le relacionaba directamente con la danza y la música. Además de distinguirse por su inteligencia y astucia. Más aún, el autor refiere diversas fuentes documentales: 14 códices prehispánicos, entre ellos el Codex – Telleriano – Remensis, y algunas esculturas mesoamericanas donde *Huehucóyotl* era representado como el dios del canto y la danza.

Por este motivo se representaba, frecuentemente, al coyote tocando algún instrumento o bailando (Olivier, 1999: 113). En el mismo sentido, *Huehucóyotl* era el regente de la trecena que comienza con el signo *ce-xóchitl* (1 flor). En ese día se celebraba una festividad con danzas en las que debía participar el propio rey; además se entonaban abundantes cantos (Olivier, 1999: 116). Situación que permite reforzar el argumento de *Huehucóyotl* como el dios de la música.

La importancia del coyote en la cosmovisión mesoamericana es muy antigua. En Teotihuacan, provenientes del llamado periodo Clásico, se han localizado restos de coyotes lo que permite afirmar su valor como animal sacrificial (Quezada, 2012: 24). Asimismo, en el mural de Atetelco se encuentran representados guerreros que parecen vestir atributos del coyote. Por otro lado, en la Ciudad de los dioses existen cuatro murales más donde el coyote, de una manera zoomorfa, actúa como sacrificador (Quezada, 2012: 44).

También, en ese mismo lugar se han encontrado esculturas donde el coyote se representa como músico.

Posteriormente, en la antigua ciudad de Tula se ha localizado una cabeza esculpida en roca, donde se representa un hombre barbado con un tocado de coyote (Stephen y Berrocal, 2013: 34). Para Lourdes Suárez, el personaje tallado en esta pieza es Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl, esto en función de la barba, bigote y nariz aguileña, rasgos distintivos referidos en diferentes fuentes históricas (Stephen y Berrocal, 2013: 35). No obstante, no es suficiente argumentar que si el tocado posee forma de coyote se fortalece la identificación con sus atributos como inteligencia y astucia. Con este objetivo Stephen Castillo y Lizbet Berrocal proponen que esta creación sea una representación temprana de los guerreros-coyote o guerreros-jaguar, mismos que retomaron posteriormente los mexicas y que demuestra el vínculo simbólico entre las fieras y la guerra para los belicosos toltecas.

Para el sofisticado panteón de dioses del periodo posclásico, en algunos relatos y códices Huehucóyotl suele sustituir a Tezcatlipoca. De esta forma el dios músico, en ocasiones, puede ser una deidad que siembra la discordia, roba el fuego a los dioses, confronta a los hombres, dispersa los chismes era pues una deidad transgresora en palabras Guilem Olivier. Esta cualidad aparece en la obra de Diego Muñoz Camargo, en el mito de Tamoanchan, Huehucóyotl raptó a *Xóchiquetzal*, la esposa de *Tláloc*, y es por ello considerado un seductor impúdico, por eso aparece en los códices con el sexo descubierto (Olivier, 1999: 118).

Por otro lado, entre los mexicas al coyote se le consideraba un astuto y hábil cazador, pero inofensivo para los hombres. Como se ha mencionado se le relacionaba, principalmente, con la libido, la música y la danza. También se le vinculó con los artesanos dedicados a la confección de atavíos y ornamentos realizados con finas plumas. Esta relación nos permite interpretar algunas de las esculturas más destacadas con este animal donde se encuentra cubierto de plumas.



Referencias

- Blanco Padilla Alicia, Olmos Jiménez, Katiúska, Rodríguez Galicia, Bernardo y Valadez Azúa Raúl, *Revista AMMVEPE*, México, Vol 14, Núm. 6, Enero – febrero 2008, pp. 186 – 194.
- Castillo, Stephen y Lizbet Berrocal, “Las relaciones hombre – coyote y hombre – jaguar en la cosmogonía tolteca. Aproximaciones desde una ontología animista y analogista”, en *Dimensión Antropológica*, México, vol. 57, enero – abril, 2013, pp. 7 – 48.
- Gómez Sánchez, David, “Cánidos en el universo teotihuacano. Representaciones pictóricas en Atetelco y Techinantitla” en *H – ART. Revista de historia, teoría y crítica de arte*, No. 5, julio 2019, Universidad de los Andes, Chile.
- Oliver, Guilhem, *Huehucóyotl, “Coyote Viejo”, el músico transgresor. ¿Dios de los otomíes o avatar de Tecatlipoca?* en “Estudios de Cultura Náhuatl”, Vol. 30 (1999), Instituto de Investigaciones Históricas – UNAM, México.
- Romero Galván, José Rubén (1999), “Historia General de las cosas de la Nueva España”, *Arqueología Mexicana*, vol. VI, núm. 36, marzo – abril, pp. 14 – 24.
- Sahagún, fray Bernardino (2000), *Historia general de las cosas de Nueva España*, estudio introductorio, paleografía, glosario y notas de Alfredo López Austin y Josefina García Quinatana, 3ª. Ed., México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.